

mande», es decir, Jesucristo su Hijo. Pues no nos pide otra cosa: hagamos lo que el Señor nos mande, y seremos felices, y quedaremos arrobados en el cielo, para escuchar la voz dulcísima de la esposa del Señor. Los niños desobedientes, que no quieren hacer lo que sus padres y maestros les ordenan, éstos disgustan al Hijo, y también á la Madre; éstos no oyen la suave voz de María, sino la ronca y destemplada voz de la serpiente, que habló á nuestra madre Eva en el paraiso terrenal, para incitarla á desobedecer á Dios, como desgraciadamente lo consiguió. Por aquí vereis, mis queridos niños, que la obediencia agrada á Nuestro Señor, y es recomendada por la voz de María, mientras la desobediencia sale del infierno,

viene del demonio y nos acarrea cuantiosísimos males. El niño obediente será favorecido del Señor, y acariciado contra el seno de la Virgen inmaculada, y oirá, como Juan Diego, su voz de celestial dulzura; el niño desobediente, abrázase con la sierpe infernal, y oye la horrenda voz del ángel malo, príncipe de la desobediencia. No olvideis esta lección.

### III

*El día Domingo.—Nuevo recado.—Preguntas repetidas.—Marcha del indio.—Siguiete por orden del Obispo.—Desaparece y es tenido por embustero é impostor.—Los juicios humanos.—El padecer en el servicio de Dios.*

El día siguiente de las dos primeras apariciones, era Domingo, 10 del mes de Diciem-

bre, y el indio, dócil y obediente, levantándose muy de mañana, se encaminó á la iglesia de Tlaltelolco, donde cumplía con el precepto de oír Misa los Domingos y fiestas de guardar; y después de la Misa asistió á la explicación de la doctrina que aquellos buenos religiosos hacían á los indios para irlos instruyendo más y más en la fe y religión. Después de ésto, vuelve inmediatamente á la casa del Obispo, y aunque le costó esperar mucho tiempo, (que era hombre muy ocupado y estaba próximo á emprender un largo viaje); pero al fin logró verlo, y después de saludarle con respeto y las acostumbradas inclinaciones, repitió de parte de la Señora el mensaje, afirmándose, con lágrimas, en lo que por primera

vez había dicho. Y añadió que al volver de nuevo con el mismo recado, era porque la Señora así lo había mandado, sin admitir sus excusas para no hacerlo. Oyó con más atención el prudente Prelado las palabras de Juan Diego, juzgando con razón que su insistencia, á pesar de la primera repulsa, podía tener por origen la verdad del suceso. Hácele, pues, multitud de preguntas, y viéndole firme en sus dichos, y acorde siempre con sus primeras palabras, le responde que la gravedad del asunto no permitía proceder tan de ligero, y así, que dijese á la Señora, se dignase darle una señal para conocer ser Ella quien le enviaba, y ser verdad lo que de su parte le decía; con lo cual, seriamente lo despidió. El in-

dio recibió la comisión sin inmutarse (lo que dió en qué pensar al Prelado), y prometiendo cumplir exactamente con lo que se le ordenaba, se alejó para volver á su casa. El Obispo, preocupado de la ocurrencia, imaginó mandar algunas personas de su casa, que siguiesen al neófito sin que él lo advirtiese, y viesen á dónde se dirigía, si álguien lo aguardaba en el camino, si entraba en conversación con alguna persona, y, en fin, qué camino tomaba y á dónde se dirigía. Los criados no se hicieron repetir el encargo; llenos de curiosidad y no muy bien dispuestos á favor del molesto visitante de su amo, fueron siguiéndole á poco trecho procurando no llegar á perderle de vista, y no ser tampoco de él notados. Así, an-

dando salieron de la ciudad, entraron en una calzada que á la salida había, llegaron á un puentecillo colocado sobre un arroyo que cercano al cerro desaguaba en la laguna, bajaron á un llano, (que es ahora la plaza,) extendido entre el cerro y el puente, y por allí, sin saber cómo ni cuándo, desaparecióseles el indio de sus ojos, sin poderle más encontrar, por más que anduvieron, y buscaron, y trasegaron los riscos y las pocas matas espinosas que en el cerrito había. Ni vieron tampoco á otra persona ú otra cosa que pudiese darles algún indicio de Juan Diego ó de su paradero. Vuelven, pues, al Obispo entre buriones y despechados, cuéntanle muy por menor lo sucedido, y le dicen ser engaño ó bruje-

ría de aquel indio, impostor por lo visto, é indigno de ningún crédito. Aconsejaronle, además, que si volvía, le hiciesen castigar como mentiroso y hechicero.

De aquí sacaréis mis buenos niños, que nunca es bueno pensar mal de nadie, ni echar á mala parte las cosas del prójimo. Ese indio era bueno, sencillo, obediente y honrado con celestes confidencias; nada menos que por la Madre de Dios. Y no obstante, le juzgan por impostor y malvado, y por engañador y aun hechicero. ¡Cuán distintos son los juicios de Dios de los juicios de los hombres! También podéis notar, cómo el servicio de Dios, y el de su Santísima Madre, muchas veces ocasionan persecuciones y trabajos, y nos atraen las cen-

suras, y las burlas, y los malos juicios de las gentes; pero eso no debe detenernos ni arredrarnos; Dios toma siempre por su cuenta la causa de los suyos, y después de las tormentas y de las penas con que ellos más merecen y se conservan humildes, viene al fin á hacérseles justicia, y á brillar más su rectitud y su inocencia. Aunque encontréis, pues, á vuestro paso, algunas almas ligeras, burlonas, que se ríen de vuestro candor, que os apellidan beatos, y ponen en ridículo vuestra piedad y vuestra exactitud, no hay que hacer caso de ellas: seguid tranquilamente vuestro camino, que no se deben dejar las cosas de Dios por respetos humanos, sino servirle fielmente, y seguir adelante en busca de la Virgen

como Juan Diego, sin curar poco ni mucho de los juicios de los hombres, ni de las burlas ó censuras de los mundanos.

IV

*Juan Diego continúa su camino.—Halla otra vez á la Virgen María.—Enferma su tío gravemente.—Pasa el lunes en buscarle médico.—Sale el martes á procurarle los sacramentos.—Bondad de la Madre de Dios.*

Amados niños: en tanto que los criados volvían á casa del Obispo, y tan mal juzgaban y querían hacerle juzgar del pobre indio Juan Diego, éste, inocente de todo, llegó al cerrito, y trepando su cumbre volvió á encontrar por tercera vez la visión maravillosa. La benigísima Reina le aguardaba otra vez con la respuesta, y él des-

pués de haberla adorado con profunda reverencia, puesto de hinojos á sus plantas le dijo: «Fuí, Señora, como me lo mandaste, á ver otra vez al Obispo, díjele como tú me enviabas á pesar de mis excusas, á pedirte templo en este lugar; mas él me respondió que nada podía hacer con sólo mi dicho en asuntos de tanta importancia; hízome muchas preguntas, á las que con toda verdad contesté, y parece que de algún modo empezó á creerme; pero me dijo que le mandases alguna señal por donde pudiese conocer ser verdaderamente tú quien me enviabas. Yo prometí pedírtela, y vengo ahora á cumplirlo, y á pedir las órdenes para lo que deba seguir haciendo en el asunto.» Oyóle con gran bondad la celestial